

EL ESPAÑOLISMO DE MARCO VALERIO MARCIAL

(Continuación.)

XIII

Entre los poetas de Roma, magníficos mendigos, de los días de Marcial, no había caducado aún el recuerdo de Virgilio, que llegó a reunir una fortuna de diez millones de sextercios (unos dos millones y medio de pesetas, aproximadamente), y el de Horacio con su finca de la Sabina que le hacía asaz bienaventurado, porque no era tan chica como él quiere dar a entender. Las excavaciones que recientemente, en 1914, bajo la protección de la reina Margarita de Italia, se llevaron a término fructuosamente en el antiguo emplazamiento de la granja horaciana, pusieron al descubierto las exquisitas comodidades de que el hijo del liberto supo rodearse en aquel su apartamiento montaraz. con baños y tuberías de calefacción y un comedor en que debieron servirse algo más que achicorias y malvas leves y en que no debió lucir exclusivamente vajilla moldeada en barro de la Campania. Por más que la esperanza es tenaz, Marcial hubo de renunciar a la esperanza, no ya de los Mecenas, pero ni aun de los Sénecas y de los Pisones. Ni Domiciano ni Nerva Trajano prestaron oídos a su adulatoria mendicidad; ni le atendieron sus amigos opulentos Régulo, Silio Itálico, Atedio Melior, Arruncio Estela. Los dardos más agudos y cáusticos de su carcaj fueron para los avaros; y en su obra son los que más abundan. Ya conocemos algunos de ellos, pero aún puede nuestro conocimiento enriquecerse con otros en los cuales acaso debamos ir a buscar rasgos personales y dispersos que el poeta no se atrevía a concentrar en una persona determinada para que la semblanza

demasiado fiel no pudiera comprometerle, agravando la avaricia con la irritación. A Cayo, amigo avaro, le dice:

Veinte sextercios un día
pedí, suma no importante,
que aunque la diera, al donante
en nada le dañaría.

Un antiguo compañero
era el dichoso rogado,
en cuyo cofre colmado
la tapa oprime el dinero.

Este me dijo: —“Serás
rico, si causas defiendes.”
A lo que pido no atiendes,
Cayo ¿y consejo me das? (1)

Más ruin y mayor tacaño era Sexto, el usurero que prevenía toda suerte de peticiones, fingiéndose ahogado de dinero ajeno:

Estoy debiendo a Segundo
unos siete mil sextercios;
a Febo unos cuatro mil
y a Fileto once mil debo...

¡Ingeniosa estratagema
de mi amado compañero!
La negativa que sigue
al pedir es dura, Sexto;
pero, ¡ah! que es mucho más dura
la que se da, no pidiendo!

*O grande ingenium mei sodalis.
Durum est, Sexte, negare cum rogaris:
quanto durius, antequam rogeris!* (2)

Quien no se resigna a comer mal en su casa, a veces tiene que comer peor y más escasamente en la ajena. Fábulo, avaro anfitrión, daba a sus convidados copiosos perfumes y pocas viandas:

Ungüento muy rico diste
ayer a tus convidados;
pero muy pocos bocados,
Fábulo, les repartiste.

Gracioso caso, por cierto,
oler bien y hambre tener!
Ser ungido y no comer
parece cosa de muerto (3).

Esta mordacidad final es digna de los poetas colmilludos, que se llamaron Góngora y Quevedo.

(1) *Epigram.*, II, 31. Traducción del Anónimo.

(2) *Epigram.*, II, 44.

(3) *Epigram.*, III, 12. La interpretación es de Iriarte.

Parece que Marcial se acuerda de la cena de Trimalción, remoto predecesor de Gargantúa y Pantagruel y tan ingeniosamente descrita por Petronio, cuando pinta con tan insolentes y crasientos colores la opípara y nauseabunda mesa del avaro Zoilo:

Quien pueda ser de Zoilo convidado
 puede cenar también con las mujeres
 que el arrabal ocupan del *Summenio*
 e impávido beber en roto vaso
 de Leda. Hasta sostengo que tendría
 con ellas más aseo y más decencia.
 Vestido Zoilo de una blanca veste
 es el primero en ocupar el lecho;
 huella cojines de púrpura seda
 y a derecha e izquierda con el codo
 empuja a los vecinos. Cuando ahito
 se encuentra, un favorito plumas rojas
 y mondadientes de lentisco dale.
 Si de calor se abrasa, concubina
 que a su dorso se encuentra recostada,
 con abanico verde dulcemente
 le refrigera, en tanto que un esclavo
 aleja moscas con mirtina rama.
 Una hábil sobadora pasa, lista,
 la mano por su cuerpo y con mucho arte
 todos sus miembros con dulzura oprime.
 Al sonar de sus dedos, un eunuco
 concedor del signo, y que el empleo
 goza de hacer que orine blandamente,
 dirige la ebria parte de su amo
 que de beber no cesa ni un momento.
 El, entretanto, vuelto hacia la tropa
 de esclavos que a sus pies en ringla se hallar
 entre perrillas que de gansos lamen
 las vísceras divide ricas glándulas
 de jabalí entre mozos de la liza,
 y al favorito tortolillas dale,
 y mientras que a nosotros nos ofrece
 vinos de los collados de Liguria
 o los ahumados caldos de Marsella;
 néctar de Opimio brinda a sus bufones
 en de mirra y cristal lucentes vasos.
 El mismo, perfumado por completo
 con esencias de Cosmo, no se tiñe
 de vergüenza al brindarnos en conchilla
 dorada los mejurjes de que sírvense
 las más desarrapadas prostitutas.
 Después de tal beber, dormido cae.
 Nosotros nos quedamos en la mesa
 y el silencio mandado nos obliga
 a conversar valiéndonos de signos.
 Tales son los martirios que este torpe
 fastuoso Malchión sufrir nos hace
 sin podernos vengar... (1)

(1) *Epigram.*, III, 82. Suárez Capalleja, intérprete.

Agradézcame el lector que no le indique la imposible venganza de los convidados de Zoilo. El final del epigrama es de una brutalidad pareja de las de Aristófanos o de Rabelais, soberbio tronco de bestias geniales.

Contra Varo, que servía en rica vajilla comida tasada, Marcial dispara este dardo:

De Varo fuí convidado
y el adorno era opulento;
mas para un huésped hambriento
había poco guisado.

La mesa estaba preciosa
de oro, mas no de manjar;
mucho al ojo que mirar
pero al diente poca cosa.

Entonces dije: —Con mira
de hartarme, pero no a ver,
vine; dame qué comer,
Varo, o esos oros retira (1).

Mal estaban los romanos avaros que convidaban; pero los que no convidaban aún lo hacían peor. El avaro Gálico, que admitía obsequios, pero no correspondía a ellos, mereció un lindo y picante epigrama que un traductor anónimo interpretó así:

Tu vida y dioses en prenda,
Gálico, pusiste un día
jurando que heredaría
yo la cuarta de tu hacienda.
Y te creí: no pensaba
que mudanza haber pudiera:
¿quién no cree en lo que espera?
y mil regalos te enviaba.

Entre otros, te dí un pesado
jabalí y si repararas
en lo grande, ser pensaras
en Calidonia cebado.

Luego, llamados por ti
fueron pueblo y senadores,
que aún regoldan los sabores
de mi rico jabalí.

Mas a mí ¿quién tal creyera?
no me ofreciste una silla
ni mandaste una costilla
ni un pedacito siquiera.

¿Cómo, Gálico, esperar
yo pudiera algo de ti
cuando de mi jabalí
nada me quisiste enviar? (2)

(1) *Epigram.*, IV, 78. Versión del anónimo.

(2) *Epigram.*, IX, 49.

Poderoso caballero es Don Dinero, había dicho el señor de la Torre de Juan Abad; pero muchos siglos antes Juvenal, contemporáneo y amigo de Marcial, había divinizado el dinero:

*Quando quidem inter nos sanctissima divitiarum
majestas, etsi funesta Pecunia templo
nondum habitas, nullas nummorum ereximus aras* (1).

Todo se hacía en Roma y todo se conseguía con el dinero. Todos los caminos para alzarse con él parecían buenos, y el de la captación de testamentos solía ser uno de los más fructíferos y breves. En los días de Marcial este añejo vicio social había cundido de manera alarmante y esta caza mayor de herencias ejerciase en grande escala y como el más lucrativo de los oficios. La lacra inmundada tenía su origen en el hecho contrario a todas las leyes naturales, de la inaudita extensión del celibato y de la carencia de hijos en las jerarquías superiores de la sociedad. Ya en los tiempos austeros de la república el matrimonio considerábase como una obligación onerosa que no se asumía sino por deber y para regularizar la situación para con el Estado. Las guerras civiles perdieron las costumbres, relajaron los vínculos sociales y debilitaron la familia. Augusto no hizo más, con sus leyes materiales, que atacar los síntomas, mientras el mal profundo discurría impune y las raíces permanecían intactas. La protección que dispuso al matrimonio y las penas con que quiso afligir el celibato resultaban ineficaces y baldías, porque a la remuneración y al castigo era preferible la exención y la libertad que el celibato representaba: *Nec ideo conjugia et educationes liberum frequentabantur, praevalida orbitate* (2). Siendo esto así, la captación de herencias constituyóse en arte, sistemáticamente aplicado según determinadas reglas. Nuestro Séneca da el nombre de los inventores de este arte nuevo: Arruncio y Haterio y algunos otros fueron los que primeramente profesaron esta práctica (3): *Arruntium et Haterium et ceteros qui captandorum testamentorum artem professi sunt*. Horacio en una de sus sátiras, acaso la más sabrosa y sin duda la más cínica de todas, introduce al mañoso Ulises, preguntando a la sombra de Tiresias las trazas de que habrá de valerle para restablecer su fortuna comprometida por las rapacidades de los pretendientes a la mano de Penélope, que sobre no respetar su honor tranquilo,

(1) *Satyr.*, I, 112.

(2) Tácit., *Annal.*, III, 25.

(3) Séneca, *De beneficiis*, VI, 38, 3.

le saquearon bodegas y ganado. Y Tiresias le aconseja dedicarse a la captación de testamentos y le da muy puntuales instrucciones, que dicen así, según la versión de Javier de Burgos (1):

Si un tordo, te regalán, u otra cosa
delicada y sabrosa
que la envíes volando te aconsejo
a alguna casa rica de amo viejo.
El mejor fruto que tu huerta lleve,
aun antes que tus lares, él lo pruebe.
Y aunque manche sus manos
sangre de sus hermanos,
aunque descienda de linaje oscuro,
sea siervo escapado, sea perjuro,
cuando tal vez que le acompañes quiera,
no te excuses y déjale la acera...

Y ante la rebeldía del sagaz hijo de Laertes, que no se resigna a obsequiar y dar la preferencia al bribón Dama, avaro y viejo rico, Tiresias le vaticina inexorable pobreza perpetua, y añade:

Cuida de que te nombre su heredero
alguno de esos ricos muy petates
y para ello acaricia a cuantos trates;
si uno u otro tal vez burla tu celo,
y se escapa mordido ya el anzuelo,
no eso temor te infunda o desaliento
y camina tras otro testamento...

Estos procedimientos para cazar testamentos son los mismos que se hallan en los escritores posteriores. La presa difícil aguzaba el ingenio y hacía más liberales las manos; tan liberales que hartas veces el cazador de herencias pingües gastaba sumas ruinosas que no podían reintegrarse y redundaban en puro perjuicio y pérdida total. Marcial conoce a uno de estos cazadores cazados; llámase Bitínico:

—“Bitínico, nada te dejó en tu testamento Fabio, a quien tú todos los años, si mi recuerdo no miente, hacías regalos por valor de seis mil sextercios. Pero él tampoco dejó nada a nadie. Bitínico, no te quejes, puesto que te dejó seis mil sextercios al año.” (2)

Y a su amigo Mariano le previene que se guarde de las redes sutiles de la captación en que quiere envolverle un avaro:

Regálate un avariento
porque tu hacienda pretende,
Mariano, y del que a esto atiende

(1) Horat., *Satyr.*, II, 5.

(2) *Epigram.*, IX, 9.

ya se conoce el intento.
 Con sus regalos contento
 necio estás, y aun más espero,
 pues loco te considero
 y además estar furioso,
 que a un extraño codicioso
 le dejes por heredero.

Verdad es, te lo confieso,
 ser los dones de valor;
 mas pregunto: ¿Al pescador
 amarále el pez travieso?
 Dirás: —“¿De quién con exceso
 será mi muerte llorada?”
 —Con sus lágrimas no aciertas:
 si deseas sean ciertas,
 Mariano, no les des nada (1).

Roma en aquella sazón estaba dividida en dos mitades, la de los captadores y la de los captados, la de los pescados y la de los pescadores. Petronio la compara a un campo, en tiempo de peste, en que no hay más que cadáveres y cuervos (2). Marcial encarece más esta imagen:

—“Salano perdió a su hijo único: ¿y cesas tú, Opiano, de mandarle presentes? ¡Oh monstruosa crueldad! ¡Oh malignidad de las Parcas! ¿De qué buitre va a ser su cadáver?” (3)

“Rico eres, le dice a otro, y sin hijos y nacido bajo el consulado de Bruto; ¿y crees tener amistades verdaderas? Las tienes, sí, pero son aquellas de cuando eras mozo, de cuando eras pobre. El amigo nuevo lo que ama es tu muerte.” (4)

Perder los hijos era en aquella Roma y en aquellos tiempos una suerte envidiada. Consolaba a Marcia nuestro austero Séneca (que según testimonio de Tácito, eco de rumores malévolos, fué un sutil captador de testamentos) (5) de la pérdida de su hijo único y lo hacía de esta singular manera:

—“Para aplicaros un consuelo que es harto difícil de admitir, pero que es real y verdadero en este caso, habéis de saber que en nuestra ciudad la privación de los hijos da más crédito y autoridad, que no quita. Y por esto mismo la soledad que resulta de su pérdida y que antes solía privar a la vejez de sus naturales apoyos, ahora suele conducirla al poder, hasta tal punto que muchos padres, fingiendo enemistad contra sus hijos o re-

(1) *Epigram.*, VI, 63. Traducción del Anónimo.

(2) Petron., *Satyricon*, cap. 116.

(3) *Epigram.*, VI, 62.

(4) *Epigram.*, XI, 44.

(5) *Romae testamenta et orbos velut indagine ejus capi. Annals.*, XIII, 42.

negando de ellos, por su propia mano se colocan en la posición de los que no tienen posteridad." (1)

Las gentes privadas de sucesión eran invitadas por los ricos, halagadas por los grandes, gratuitamente asistidas por los más famosos oradores forenses; y para ellas era bien inoportuno el hijo que les nacía, despojándolas de amigos y de influencia, todo a una.

Paralelamente a la marrullería de los captadores de testamentos iba en auge la bellaquería de los presuntos testadores que por mil rodeos y ambages y habilidades y cautelas intentaban sacar el mayor provecho de las esperanzas que en ellos se ponían. Este oficio tan vergonzoso y degradante era una lotería bien incierta. No solamente muchas veces los que esperaban heredar dejaban a sus víctimas sobrevivientes, sino que más frecuentemente aún les burlaban, explotando muy astutamente la devoción de sus amigos desinteresados (!) sin más indemnización efectiva de los sacrificios que se imponían, que la vana y lejana perspectiva de su testamento. Marcial conoce a uno de estos bellacos testadores, para quien hace un voto no muy piadoso:

*Nihil mihi das vivus; dicis post fata daturum.
Si non es stultus, scis, Maro, quid cupiam* (2).

Iriarte tradujo este fugaz y agudísimo epigrama en estos versos:

En vida nada me das;
prometes darme en muriendo;
si no eres necio, Marón,
ya entiendes lo que deseo.

Otro ejemplo de viejo moroso y cauto:

*Heredem tibi me, Catulle, dicis.
Non credam nisi legero, Catulle* (3).

Veamos cómo el propio Juan de Iriarte encerró en una rondilla cristalina la mordaz inquietud de esta avispa y el picor de este grano de pimienta:

Dicesme que yo he de ser,
oh Catulo, tu heredero;
mas yo creerlo no quiero
si no lo llevo a leer.

(1) Séneca, *Consol. ad Marciam*, XIX.

(2) *Epigram.*, XI, 67.

(3) *Epigram.*, XII, 73.

Para estimular y acuciar la generosidad y el desprendimiento de sus piadosos amigos, no les costaba nada a estos avaros falaces testar muchísimas veces al año. Carino se llamaba uno de éstos:

—“Cada una de las treinta veces que en lo que va de año, Carino, sellaste tu voluntad última, te envié pastelillos amasados con miel de los tomillares del Himeto. No puedo ya más, Carino; ten de mí piedad. Sella testamentos más raras veces o haz de una vez el supremo y definitivo testamento que miente tu tos prometedora. Agoté mi faldriquera y tengo exhausta la alcancía. Aunque fuera yo más rico que Creso, ya me encontrara más mendigo que Iro, si hubieras comido, Carino, todas las veces que testaste, ni que fuera en lugar de tortas meladas, un platito de habas que yo te enviara.” (1)

Tosían los bellacos con la tos ominosa que no acababa de ahogarlos nunca su catarro eterno, edulcorado con fragante miel hiblea. Séneca conoció a viejas matronas, auténticas vidas perdurables, cansadas de enterrar herederos malogrados y a enfermos imaginarios que así irritaban más y más la avaricia de los captadores (2). Nevía, conocida de Marcial, era una de estas cornejas inmortales, desesperación de Bitínico; conocido nuestro como captador de testamentos.

—“Si Nevía silba al respirar, si Nevía, al toser, carraspea, si te rocía el pecho con sus esputos; ¿imaginas, Bitínico, que ya está todo hecho? ¡Cuánto yerras, mísero iluso! Te halaga Nevía, pero Nevía no muere.” (3)

El rostro vestido de palidez, agorera de muerte próxima, era un gran aliciente para atraer a codiciosos o ingenuos. Plinio el Viejo refiere que Julio Vindex, acérrimo defensor de la libertad contra Nerón, quiso alcahuetear la codicia del emperador, deseoso de que testara en favor suyo, cubriendo de terrosa escualidez la cara, ingiriendo frecuentes tisanas de comino silvestre (4). En aquella picantísima novela picaresca, que es el *Satiricón*, de Petronio Arbitro, venerable y verde abuelo de un género de literatura que en España tuvo progenie tan vivaz, el bellaco de Eumolpo, para ganarse protecciones con el timo del testamento fíngese sumido en espantosa soledad por la muerte de su hijo único, espiga riquísima de juventud, que ya mostraba en espe-

(1) *Epigram.*, V, 39.

(2) Séneca, *De Brevitate vitae*, VII.

(3) *Epigram.*, II, 26.

(4) Plin., *Hist. Nat.*, XX, 57.

ranza el fruto cierto; fíngese náufrago y perdidoso de más de veinte millones, pérdida que no le afecta muy mucho, puesto que en Africa posee treinta millones de sextercios en tierras y en dinero colocado. De esclavos posee un ejército tal, diseminado por sus posesiones de Numidia, que si de ello tuviera antojo, podría poner asedio a Cartago y entrar en ella a saco; tose incesantemente, quéjase de la ruina del hígado, habla oro y plata, miente fundos, culpa sus tierras de estériles, y sentado perpetuamente delante de su mesa y libros de cuentas renueva todos los meses las cláusulas de su testamento (1). A un hombre honesto y gran señor, como era Plinio, el joven, no le parecían mal estas bellas querías que frustraban las sórdidas esperanzas de aquella mala ralea de hombres. En un siglo tan corrompido, tan avariento, tan metalizado, engañar a los captadores de testamentos era prudencia meritoria (2). La misma sospecha de captación manchaba a los hombres pulcros como una cosa pringosa y pegajosa. Y un hombre entero, como era el propio Plinio, opinaba que no era honrado en demasía regalar a una persona rica y sin prole: *non esse satis honestum dare locupleti et orbo* (3). Y autorizando la honrada opinión con el austero ejemplo, habiendo recibido parte de una cuantiosa herencia que le dejó Pomponia Gracila, que irritada por justas causas contra su hijo Curiano, le había desheredado, se la devuelve; recibiendo, en cambio, una módica gratificación que le agradó más que si hubiera sido amplísima.

Pero de todas maneras, los avaros captados un día u otro tenían que morir y hacer de verdad el testamento. Y esto le aconteció a Vestino, conocido de Marcial:

Estando enfermo Vestino
y ya en la hora postrera,
apretada la carrera
de la Estigia en el camino,

a las Parcas a quien toca
poner fin al negro hilado
pidió por ir consolado
una dilación, muy poca.

Porque aunque se considera
sin esperanzas de vida,
verla un rato entretenida
por sus amigos quisiera,

y luego se la conceden.
Aplacáronse las Diosas

(1) Petron., *Satyricon*, cap. 117.

(2) Plin., *Epist.*, VIII, 18.

(3) Plin., *Epist.*, V, 1.

que ruegos piadosos pueden
volver las Parcas piadosas.

Y en cuanto gozó del día
tanta hacienda repartió
y tanto se consolô
que creyó viejo moría (1).

Contra otro linaje de sórdidos avaros, Valerio Marcial agita sus ortigas. Escévola con interminable ruego pedía al cielo un millón de sextercios. ¡Ah, si yo tuviera un millón de sextercios! ¡Qué vida la mía, y mis manos que largas! Los dioses sonrieron al voto expreso e iterado. Escévola ya tiene el millón, y su toga es más pringosa y su manto más raído y con más remiendos sus zapatos; de diez aceitunas que le sirven guarda cinco y un cubierto quiere que le sirva para dos comidas. Bebe por vino la vil zupia de Veyos; compra un as de garbanzos cocidos; compra un as de caricias de prostíbulo: —“¡Vente conmigo al tribunal, Escévola! Eres un defraudador; eres un infiel depositario. O goza de la vida o vuelve a los dioses el millón que les sustrajiste.” (2)

Cina es un avaro pedigüeño: Marcial se defiende de él quitándole el propio sable con que le atacaba:

Que es nada cuanto me pides,
me dices, Cina embustero:
si nada me pides, Cina,
nada tampoco te niego (3).

Gargiliano es un avaro interesantísimo y original, que las ceadas dice que son obsequios. Los envía suntuosos a los viejos y a las viudas, como quien echa anzuelo a los peces y cebo a la salvajina. “Si quieres saber, Gargiliano, lo que es largueza, lo que es munificencia, envíame algún presente a mí”:

*Quid sit largiri, quid sit donare docebo,
si nescis; dona. Gargiliane, mihi* (4).

Un amigo avaro le envía siempre la mitad de lo que Marcial le pide. Marcial, que entiende la estratagema, le contesta agudamente:

Pedíte doce mil reales
y sólo seis mil me has dado;

(1) *Epigram.*, IV, 73. Traducción del Anónimo.

(2) *Epigram.*, I, 103.

(3) *Epigram.*, III, 61.

(4) *Epigram.*, IV, 56.

cuando otra vez quiera doce,
te pediré veinticuatro (1).

Caliodoro es un avaro fanfarrón y sedicente protector de los amigos. A todas horas hace resonar en su boca los nombres de los amigos ejemplares de la antigüedad; aquellos que de la amistad hicieron una religión venerable y santa: Teseo y Piritoo, Píladés y Orestes; pero en realidad no es digno de presentar el original a Píladés ni cebar los cochinos de Piritoo. Dice que dió a un amigo cien mil sextercios y una toga que sólo tres o cuatro veces había sido lavada. Y, no obstante, no consta que Orestes diera jamás cosa alguna a Píladés. El que da, por mucho que dé, siempre niega más:

Qui donat, quámvis plurima, plura negat (2).

Juan de Iriarte encerró en este cuarteto la sentencia del distico final:

No sé que haya dado Orestes
algo a Píladés jamás:
por mucho que dé cualquiera
más niega siempre que da.

Gayo llama dar al prometer; pero Marcial le vence en generosidad, abrumándole de dones, prometiéndole las riquezas de su patria y de las ajenas: todo lo que el minero asturiano extrae de las venas metalíferas de sus montes; todo lo que el rico Tajo arrastra en sus ondas áureas; todas las perlas que recoge el atezado indio entre las algas eritreas; todo lo que el ave Fénix atesora en su nido; toda la púrpura que el insolente tirio tiñe en los calderos de Agenor; todas las riquezas que contiene el mundo:

Quidquid habent omnes, accipe quomodo das (3).

Recibe, como tú me los das, todos los bienes que tienen todos.

Lo que Atreo hizo con los hijos de Tiestes despedazándoles fieramente, hace Cecilio con las panzudas e inofensivas calabazas: las parte y las destroza de mil modos. Pónelas al principio de la comida y en el primer servicio y en el segundo y aun en los tardíos postres. Con calabaza el pastelero hiñe fatuas tortas y construye sosas arquitecturas y fabrica dátiles ficticios. Sírvela su hábil cocinero en forma de picadillo y de habas y de

(1) *Epigram.*, IV, 76.

(2) *Epigram.*, X, 11.

(3) *Epigram.*, X, 16.

lentejas; con ella imita la cola del atún, hace embutidos, finge anchos hongos y breves anchoas. El mayordomo hace inagotable alarde de sus artificios, macerando los condimentos con hojas de ruda. Cecilio con esta mónita llena platos, llena fuentes, cazuelas y cacerolas. Y Cecilio llama opíparo y llama exquisito a servir un solo as en tan variada riqueza de platos (1).

Néstor no tiene toga, ni tiene hogar, ni camastro trillado de chinches, ni estera tejida de palustres juncos, ni esclavo viejo ni joven, ni sirvienta infantil, ni puerta, ni llave, ni perro, ni escudilla. Y afecta Néstor parecer y decirse pobre y como tal pasar en el pueblo. Miente Néstor y se halaga con un honor vano, puesto que no tener nada no llega a ser pobreza:

Non est paupertas, Nestor, habere nihil (2).

Apro ha comprado una casa en la vecindad de los espléndidos jardines de Marón. ¡Y qué casa es la que ha comprado Apro!:

Apro ha comprado una casa,
pero tan negra y tan vieja,
que aun la más triste lechuza
para sí no la quisiera.

El espléndido Marón
tiene seis jardines cerca;
puesto que no buena casa
Apro tendrá buena mesa (3).

Un avaro ruín, a pesar de que responde al nombre magnífico y munificente de Paulo, envió a Marcial una copa de un metal tan tenue que el poeta adelgaza y sutiliza su ingenio hasta lo inverosímil para encontrarle analogías (4):

De tu corona pretoriana (5), Paulo,
me envías una hoja a la que quieres
designar con el nombre de ampollita,
cuando es delgada tela que hace poco
ha servido de adorno en un teatro,

(1) *Epigram.*, XI, 31.

(2) *Epigram.*, XI, 32.

(3) *Epigram.*, XI, 34.

(4) *Epigram.*, VIII, 33. La traducción es de Víctor Suárez Capalleja, de versificación bien entonaða, pero de evidentes inexactitudes de interpretación que procuro salvar en las notas.

(5) Cuando el pretor guiaba y presidía, según rito, la procesión que abría los *Juegos Apolinarcs*, un esclavo sostenía encima de su cabeza una muy delgada corona de oro. Tenue cual una de estas hojas era la ampollita o copa (*phiala*) que Paulo envió a nuestro descontentadizo y mordedor Marcial.

y que lavada fué con una esponja (1) mojada en agua de azafrán rojizo. ¿No sería más bien ligera plancha de metal que las uñas de tu esclavo astuto arrebataron, según creo, a los pies de tu cama? Bien podría estremecerse al vuelo de un mosquito que a lo lejos volase, y la más leve mariposa podría conmovérla con su ala débil. Se revuelve y gira al humo que despide breve lámpara y una gota de vino romperíala si en ella tropezara. Es la envoltura como saliva débil que recubre el dátíl (2), que de enero en las calendas conduce por más cliente pobre. Los hilos de flexible colocasia (3) están menos trabados; no tan densas están las hojas del fragante lirio que a los rayos del sol decae y muere. La araña vagabunda no discurre por tela tan delgada, y el gusano de seda no trabaja suspendido de más débiles hilos. No es tan lúcida la creta con que pinta sus mejillas la vetusta Fabula, ni tan diáfana la burbuja del agua que se mueve. Resiste más la red en que aprisionan las muchachas de Roma sus cabellos (4) así como la espuma de Batavia (5), de que usan por cambiar su colorido. Es cual la piel que circundaba el feto en el huevo de Leda; cual las tiras que imitando los cuernos de la luna disponen en su frente. ¿Por qué, dime, enviarme una ampollita, si podías un cuchillo o cuchara regalarme? Pero ¿qué estoy diciendo? Es demasiado; cuando pudiste haberme remitido de un caracol la concha, o, por fin, cuando nada podías, Paulo, remitirme.

(1) No hay tal esponja en el original: *pallida quam rubri diluit unda croci*. Era costumbre rociar el teatro y los espectadores con una sutilísima y vaporosa lluvia perfumada de azafrán mezclado con vino.

(2) Dátiles envueltos en su propia capa de glúten, acostumbraba echar por el carnaval romano, que eran las calendas de enero, con una pequeña moneda de cobre, el patrono a sus clientes: don simbólico que en la creencia popular debía atraer sobre el patrono los favores de la fortuna. El propio Marcial ilustra esta costumbre:

Aurca porrigitur Jani caryotha kalendis.

(3) Planta comestible originaria del Egipto. Plinio, *Hist. Nat.*, XXI, 51: *caule, cum coctus est, arancoso in mandendo*.

(4) Utilizaban a veces las mujeres de Roma una vejiga, a manera de redcilla, para conservar el arreglo del cabello, durante la noche.

(5) Especie de jabón de que usaban los bátavos u holandeses para dar a su pelo un tinte rojo y que algunas romanas habían adoptado.

El Marcial que hasta ahora hemos conocido con su fango y con su pureza, con sus repugnancias y sus gracias está admirable y justamente retratado en un pasaje de una de las célebres cartas de Lord Macaulay y juzgado con justiciera severidad. Dice:

—“Acabo de recorrer siete libros de Marcial y he aprendido cerca de trescientos sesenta de sus mejores versos. Su mérito paréceme que reside, no en su agudeza, sino en la rápida sucesión de imágenes vivas. Yo le quisiera menos nauseabundo. Es un bruto tan grande como Aristófanes. Es, sin duda, un escritor hábil y alucinante. Veces hay que aprieta a Aristófanes de muy cerca. Pero, aparte de sus indecencias, su servilismo y su tendencia a la mendicidad me asquean. En su situación —puesto que era caballero romano— un más alto grado en el sentimiento de su dignidad personal se imponía. Ya me hago cargo en gran escala de la diferencia de las costumbres; pero no puede jamás haber sido de buen gusto, en ningún siglo ni en ningún pueblo, para un hombre de distinción, para un cumplido caballero, para un hombre que alternaba con los grandes, pasarse la vida pidiendo dinero, vestidos, golosinas y salpicar con una rociada de injurias a los que no le querían dar nada.” (1)

XIV

Las vehementes invectivas con que acomete Marcial a sus enemigos literarios recuerdan el diente oblicuo de Heine que hería a diestro y a siniestro y repartía con iniquidad igual el laureo y el azote. A veces es sólo una rápida avispa, un dardo repentino y breve lo que envía Marcial contra el profesional enemigo:

*Versiculos in me narratur scribere Cinna:
Non scribit, cuius carmina nemo legit* (2).

Juan de Iriarte interpretó así el fugaz y maligno epigrama:

Unos versos contra mí
me dicen que Cina ha escrito.
No puede ser: que no escribe
el que de nadie es leído.

(1) Macaulay, *Life and Letters*, cap. XIV.

(2) *Epigram.*, III, 9.

A Cosconio le parecen sobrado largos los epigramas de Marcial. Marcial le replica con brutal viveza:

—“Cosconio, que encuentras mis epigramas largos: más te valiera engrasar ejes de carro. Con esta medida, pareciérate el Coloso grande en demasía; y en demasía chico el muchachuelo que Bruto admiró. Aprende lo que ignoras: hartas veces, Marso y Pedón, este poeta de gran estilo tratan en dos páginas un solo sujeto.” Y acuña Marcial con su fino sentido crítico este precioso aforismo literario:

Non sunt longa quibus nihil est quod demere possis.

No son largas aquellas obras de las cuales nada se puede quitar. Lo que en verdad no tenía fin eran los dísticos imbéciles que Cosconio hacía:

Sed tu, Cosconi, disticha longa facis (1).

Contra un mal poeta epigramático, soso y dulzón echó Marcial a volar una saeta herbolada. Salinas lo ha interpretado y vuelto al castellano muy lindamente:

Escribiendo tú siempre con dulzura
epigramas que tienen más lisura
que la tez de una fea, que estirada
está del albayalde y blanqueada,
ni en ellos solo un grano se percibe
de la gustosa sal que el gusto avive,
ni de la amarga hiel la mordicante
gota que irrite. ¿Quieres, oh ignorante,
que corran, que se lean tus poesías
a todos enfadando por ser frías?
Advierte que el manjar da más agrado
cuando está con el agrio sazonado,
ni es hermosa una cara si en el ceño
no afecta alguna vez lo zahareño.
Dales melcochas, dátiles e higos
a los niños que de esto son amigos;
pero para mi gusto la pimienta,
la naranja y mostaza me presenta (2).

No sabemos qué clase de lupina enemistad pudo alentar Marcial contra la vieja Filenis, a la cual acosó después de muerta, blandiendo en su mano el flagelo vipéreo, con una fiera animosidad que recuerda la del Horacio, acedo, cuando Planco era cónsul y él tenía no más de cinco lustros y arremetía caninamente contra Canidia. Esta Filenis marcialesca puede parango-

(1) *Epigram.*, II, 77.

(2) *Epigram.*, VII, 25.

narse en el odio poético con la bruja del Esquilino, y ambas a dos con las brujas del aquelarre goyesco:

—“Oh tú, Filenis, que mediste la edad bisecular del viejo Néstor: ¿es posible que tan pronto te hayan llevado en volandas a las infernales riberas de Plutón? No contabas todavía los luengos años de la Sibila Euboica, puesto que ella te aventajaba de tres meses. ¡Ay, qué lengua se calló! Más parlera y ruidosa que mil mercados de esclavos; que el tropel de los adoradores de Sérapis; que los bandos de muchachos de cabellos crespos que, al quebrar de la aurora, acuden corriendo al maestro matutino; que las bandadas de grullas que hacen resonar las orillas del Estrimón. ¿Qué bruja habrá de hoy más que sepa hacer descender a la luna con ayuda del rombo mágico? ¿Qué alcahueta habrá para vender tales o cuales lechos nupciales? Séate la tierra leve, y blanda la arena que te cubra... para que los canes puedan desenterrar tus huesos fácilmente.” (1)

Todavía es más feroz y carnífera la musa de Marcial cuando se ensaña en sus enemistades literarias. Aquí sí que inficiona la punta de sus dardos en sangre de Licambo y en moho verde y en veneno de víbora. A un detractor de sus versos le calla el nombre para no dictarlo de esta manera a la posteridad; le dice unas cuantas cosas de su padre y una sola cosa de su madre; se mete incivilmente con toda su familia y le acomete con el ímpetu nativo de un oso de la Celtiberia. Es romano el tal detractor, pero no del viejo tronco recio, sino de la prole ya empeorada, hijo de padre afeminado y de mujer varona que a su nuera podría llamar su mujer:

Aunque no arranques de la austera raza
de Fabios, ni tú seas como el hijo
que ha dado a luz bajo copuda encina
del gran Curio la esposa rubicunda
un día que llevaba el desayuno
a su marido que labraba el campo;
aunque por el contrario seas hijo
de un padre que se afeita ante el espejo
y de una madre que vistiera toga,
y aunque pudiera tu mujer llamarte
su mujer, sin embargo te permites
criticar mis libelos renombrados,
censurar las gustosas bagatelas
que se dignan leer con placer sumo
los próceres de Roma y los del foro...

Pero más genio tú tienes sin duda;
pulido por Minerva, tu cacumen

(1) *Epigram.*, IX, 29.

es mucho más perspicuo y la elegante
Atenas ha formado tu buen gusto.

Mas que muera, si de todo aquesto
no tiene más la bestia que colgando
las tripas y las piernas estiradas
y con pulmón teñido en sangre impura
y que fétido huele, es conducida
por cruel carnicero a los mercados.

Te atreves además a escribir versos
en contra mía, versos que ninguno
ha de leer, y pierdes en tal obra
un infeliz papel; mas si mi bilis
ardiente se derrama en contra tuya,
cuanto escribiere gozará de vida
a ti se adherirá y será leído
por todo el mundo...

Ten de ti compasión y guarda, guarda,
que tus ladridos no hinchen las narices
de un oso lleno de vigor y vida.
Aunque sea pacífico, aunque dulce
las manos lama, si su ardiente furia
y un justo enojo a ello le excitaren
habrá de ser un oso y muy terrible.

Tus dientes ejercita en piel vacía
y cuantas puedas roe carnes muertas (1).

Y no es más suave Marcial contra un anónimo poeta maldiciente. Es de notar que a sus más crudos enemigos, el orgulloso bilbilitano les perdonaba el nombre, pero no la furia ni la cornada ni el golpe del fiero colmillo. En la invectiva que sigue asume el papel de Don Quijote, defensor de damas y de gente injustamente perseguida:

“Quienquiera que sea el osado malandrín que desprecia la toga matronal y la púrpura patricia y con verso impío lacera lo que está obligado a respetar, que este tal vague errante por la ciudad, echado de los puentes y de las calles pinas, refugio de mendigos y que más despreciado que los más míseros y roncospordioseros, pida mendrugos del pan vil destinado a los perros; que un diciembre largo y un invierno húmedo y unos portales cerrados prolonguen para él el frío maldito; y llame felices y proclame afortunados a los que se embarcan en las parihuelas del Orco. Y luego, cuando las Parcas hilaren sus momentos postrimeros y fuere llegado su día supremo, oya él mismo la disputa de los perros que riñen por su carroña; y agitando sus harapos ahuyente a la carnicera volatina; que a despecho de sus súplicas la muerte no ponga fin a su castigo, sino que, ora deshecho por

(1) *Epigram.*, VI, 64.

el látigo cruel de Eaco, ora abrumado bajo la pesadumbre del peñón de Sísifo que no conoce el descanso, ora exasperado de sed entre las aguas corrientes de Tántalo, apure toda la cadena de tormentos por los poetas imaginados, y cuando, por fin, la Furia le forzare a confesar la verdad, hostigado por su conciencia, clame con alto alarido: Sí, fuí yo quien lo escribí." (1)

XV

El hombre capaz de estas ferocidades sabe expresar con blandura de palabras cariciosas, cebo bien poderoso de la amistad, los afectos más suaves. Como Lope de Vega había Marcial nacido en dos extremos, que fueron amar y aborrecer, e iba con igual facilidad del uno al otro; pero en la expresión del sentimiento amistoso es más feliz. Tras las mordeduras acres detengámonos en los besos de miel. El alacrán ceda a la tórtola.

Quinto Ovidio, amigo suyo muy estrecho, nació el primero de abril, bien así como el propio Marcial, allá en la enriscada Bilibilis, cabe el Jalón tortuoso y vehemente, había nacido el día primero de marzo:

Tanto de abril las calendas
 (pues lo mereces, Ovidio)
 como las del mes de marzo
 creo que quiero y estimo.
 ¡Oh felices ambos días
 ambos de notarse dignos
 por mi mano con las piedras
 de los quilates más finos!
 El uno me dió la vida;
 el otro me da un amigo:
 más que a mis propias calendas,
 debo a las tuyas, oh Quinto (2).

La ternura que empapa este epigrama tan aseado y lindo es digna de parangonarse con aquella añoranza que dictó a Horacio el *animae dimidium meae*; aquella mitad del alma horaciana que con Virgilio se confió a la nave que debía llevarle a Atenas, por el camino amargo, en aquel viaje supremo *chi non sa ritorno*. Retengamos estos versos felicísimos:

*Felix utraque lux diesque nobis
 signandi melioribus lapillis!*

(1) *Epigram.*, X, 5.

(2) *Epigram.*, IX, 52. Juan de Iriarte lo interpretó.

*Hic vitam tribuit, sed hic amicum.
Plus dant, Quinte, mihi tuae kalendae.*

Ahora lo que va a celebrar Marcial no es un natalicio feliz; es una muerte acerba: la muerte de Rufo Camonio, arrebatado a la vida por hados envidiosos. Matóle la fiera Capadocia, espiga de juventud, a los veinte años. Era un asiduo y gustoso lector de sus bagatelas. Marcial está a punto de publicar el libro sexto de sus epigramas. Marcial dedicará al eterno ausente, que ya no podrá leer su libros, una lágrima tierna y la encerrará, como un ópalos triste, en esta primorosa cajita de ciprés:

Rufo Camonio, tengo publicado
sin tí mi libro sexto que no aguarda
de tí leído ser, amigo dulce.
De Capadocia la implacable tierra
que tú pisaste con siniestro augurio
ha devuelto tus huesos y cenizas
a tu infelice padre. Lloro, llora,
Bolonia abandonada al caro Rufo,
y la vía Emiliana gembunda
resuena. ¡Ay! ¡Y que tan grande afecto
me profesó! ¡Qué breve fué su vida!
¡No más que cinco veces contemplara
los olímpicos juegos en la margen
del río Alfeo! ¡Oh tú, que mis futesas
leías siempre y siempre recordabas!
Recibe con el llanto de tu amigo,
sumido en la amargura, aquestos breves
versos y tenlos, sí, como un incienso
que desde lejos mi piedad te envía (1).

Varo, otro de sus amigos, por las ciudades que se abrevan en las aguas del Nilo misterioso, luce en su brazo el sarmiento de vid latina, insignia de centurión; y allí, en el sagrado Egipto inmóvil, imperio de la muerte, la muerte le aguarda. Sombra doliente, sombra extranjera, reposa Varo en la tierra de los Lagidas. Marcial le dedica esta lúgubre nenia, porque no le ha sido dado regar con llanto sus mejillas frías ni añadir al sombrío fuego que le consumiera, olíbanos preciosos:

¡Oh Varo, que llevabas con orgullo
de centurión la insignia en las regiones
que riega el Nilo caudaloso! ¡Oh digno
jefe de cien guerreros ay! en vano
espera tu regreso el pueblo ansioso:
tu sombra yace desterrada, en donde
ejerce Lago el soberano imperio.
No nos fué dado a tus cenizas frías

(1) *Epigram.*, VI, 85.

regar con nuestras lágrimas, ni aromas
arrojar a tu pira funeraria...

Pero, sí; al poeta le es dado prestarle un nombre perenne en un poema eterno; y el Nilo, pérfido, no podrá quitarle esta vivaz inmortalidad. ¡Qué infinita melancolía la de estos versos originales que Suárez Capalleja no pudo pasar completamente a su traducción:

*Spargere non licuit frigentia fletibus ora
pinguia nec maestis addere tura rogis.
Sed datur aeterno victurum carmine nomen:
numquid et hoc, fallax Nile, negare potes? (1)*

Su amigo Norbano, parte muy grande de su alma, anda por las márgenes del Rin, no vencido aún del todo, amago perenne, enigma oscuro y pesadilla de Roma. Corre el año 88 de la era cristiana. L. Antonio Saturnino ha persuadido a dos legiones del Rin que le proclamen emperador y ha llamado en su ayuda a los germanos. Norbano acude, acorre, vuela a la cabeza de la octava legión y ahoga la rebeldía incipiente guardando al César, que es Domiciano, debida y santa fidelidad. Mientras Norbano siega laureles sangrientos y Marcial, a la sombra, cría hiedras apolíneas, llega a las partidas de la Vindelicia y a los cídos del amigo victorioso la falsa nueva de la muerte de Marcial, que el apartamiento y la lejanía hacen más dolorosa. Marcial, en persona, la deniega con el irrefragable mentís del envío de los versos compuestos durante la ausencia:

Norbano, cuando tú leal y pío
a César escoltabas por guardarle
de furores sacrílegos, yo amado
de las festivas musas y orgulloso
de cultivar tu codiciado afecto
me gozaba escribiendo poesías.
No obstante, la noticia de mi muerte
llegó a tu oído, cuando en las regiones
de Vindelicia duras te encontrabas
y la Osa misma conoció mi nombre.
¡Oh, cuántas veces al recuerdo dulce
de la antigua amistad que nos unía
has dicho: ¡Es él, es mi querido vate!
Acoge por lo mismo de la mano
del autor el compendio de los versos
que durante seis años compusiera (2).

(1) *Epigram.*, X, 26.

(2) *Epigram.*, IX, 85. La edición que utilizó Suárez Capalleja para la versión, en el verso quinto decía: *Me tibi vindelicis raptum narrabat in oris*. El Marcial de la *Association Guillaume Budé*, más correcto, dice: *Me tibi*

Marcial no queda tranquilo en Roma si sus amigos se apartan para luengas tierras. Su dulcísimo amigo Quinto Ovidio, ya conocido nuestro, se obstina en sus años maduros en emprender el viaje de la Bretaña por aguas verdes y por mares pavorosos, y el poeta, puesto que no puede disuadirlo, le da consejos atinados y le suplica longánime e infatigable amistad:

—“Ah, Quinto Ovidio, tú que te obstinaste en ir a visitar a los Bretones de la Caledonia y a desafiar la verde Tetis y al Océano, padre de los ríos: ¿Y dejas los collados de Numa y los sabrosos ocios de Nomento, y no te retienen ya en los umbrales de la vejez tus campestres dominios y la apacibilidad de tu hogar? Dilatas para más tarde los goces de la vida: pero mira que Atropos no da paz a sus hilos y registra inexorablemente cada una de tus horas. Tú vas a probar a un entrañable amigo ¿y quién no te loara? que la santa fidelidad a la palabra dada te parece preferible a la vida: pero torna al fin a tu Sabina para quedarte allí siempre y contarte a ti mismo entre tus propias amistades.” (1)

Hermoso y agudo pensamiento final con que Baltasar Lorenzo Gracián, su paisano, esmaltaría el *Arte de ingenios*:

*Sed reddare tuis tandem mansure Sabinis
teque tuas numeres inter amicitias.*

Y aquel otro grave pensamiento moral, que pudiera ser de Horacio y está expresado con una severidad lapidaria:

*Gaudia tu differs, at non et stamina differt
Atropos atque omnis scribitur hora tibi.*

Es joven su amigo Flaco y quiere hacer un viaje a Chipre. Un viaje a la amorosa y riente Chipre en los verdes años de la mocedad no tiene tantos riesgos como un viaje a la aterida y huraña Caledonia, cuando ya se ha llegado a los arrabales de la senectud. Pero no deja de ser peligroso un viaje a la isla de Venus y acaso le valga más a Flaco seguir reclinado en el fresco suelo sobre el verde césped vicioso, junto a las aguas que corren con sonido y que el sol enciende e irisa, alejado de importunos, ceñida de rosas la frente, bebiendo negro falerno frío. El negro beber acrecienta el gozo de la vida. Pero ya que Flaco no desiste, Marcial le da algunos consejos y le expresa algunos votos:

Vindictis Ractus narrabat in oris. El sentido cambia totalmente. Esta lección me parece mejor.

(1) *Epigram.*, X, 44.

Mas, Flaco, te prevengo y te conjuro
 que desconfíes de calores péfidos
 de Chipre, cuando azota los trigales
 el fiero vendaval y agita airado
 el león su fogosa cabellera.
 Y tú, diosa de Pafos, torna, torna
 a nuestros votos a ese amado joven:
 ¡Oh! ¡tórnaplo a nosotros sano y salvo;
 y ojalá que de marzo las calendas
 te puedan ser por siempre consagradas!
 Ojalá que el incienso, vino y hostias
 piadosas con innúmeros pasteles
 en tus cándidas aras se te ofrezcan (1).

Cayo Julio Próculo ha estado enfermo peligrosamente. Marcial ha fatigado el cielo con sus votos. El cielo ha oído los votos de Marcial. Y una mañana, en Dios y enhorabuena, se le presenta Cayo Julio Próculo, sano y salvo. Marcial estalla en un *pean* jubiloso:

—“Cayo Julio me señala con piedra blanca este día de mi vida. ¡Vítor, vítor!, héle aquí devuelto a mis deseos. Felicítome de haber perdido la esperanza como si ya las Hermanas fatales hubieran roto el hilo de sus días; *menos se gozan los que nada temieron*. ¡Hipno, Hipno!, ¿qué esperas, perezoso? Escáncianos un Falerno inmortal. Votos como los míos piden un vino de edad propecta. Vaciamos cinco copas y luego seis y luego ocho, tantas como son las letras del nombre *Caius Iulius Proculus* (2).

Tomemos nota de esta bella sentencia que pudiera pasar a proverbio:

Minus gaudent qui timere nihil.

Instancio Rufo regala a Marcial una copa preciosa. El poeta no está acostumbrado a estos dones. Y la saluda alborozado y

(1) *Epigram.*, IX, 90.

(2) Era costumbre beber a la salud de los convidados tantas copas como su nombre contaba letras. El mismo Marcial lo dice más expresamente en este lindo epigrama baquico:

*Laevia sex cyathis, septem Justina bibatur
 quinque Lycas, Lyde quatuor, Ida tribus
 omnis ab infuso numeretur amica Falerno,
 et quia nulla venit, tu mihi, Somne, veni.*

“Bebamos seis copas por Laevia, siete por Justina, cinco por Licas, cuatro por Lide, y por Ida tres. Que el nombre de cada una de mis amigas sea cantado por tantos vasos de falerno como letras; y puesto que ninguna de ellas viene, no dejes de venir tú, ¡oh blando Sueño!” *Epigram.*, I, 71.

la examina con el minucioso análisis del perito más conocedor y experto:

—“¡Qué primor el de esta copa! ¿Es del diestro Mios o es de Mirón? ¿Está ahí la mano de Mentor o está ahí tu mano, Policleto? Vapor ninguno la empañá ni teme la prueba del fuego. El auténtico ámbar despide menos lumbres y su plata acendrada brilla más que el immaculado marfil. El arte no cede a la materia: así la luna redondea su disco cuando en el esplendor de su llenez discurre por el cielo con su lámpara traslúcida. Enhiesto sobre sus pezuñas está el cabrito del vellón de oro: pastor cinifio alguno osaría trasquilárlé, y tú mismo, Baco, consintieras que mordiese los renuevos de tu vid. Un amorcillo de oro, con dos alas, cabalga su dorso y la flauta de loto suena en su labio tierno. Así, un delfín, gozoso de llevar en su lomo a Arión de Metimna, transportó por el mar embebecido su carga melodiosa. Que no sea, no, ningún esclavo de la doméstica turba del dueño el que llene de néctar por primera vez este magnífico presente: que sea tu mano, Cesto, la que lo escancie. Cesto, decoro de este festín, derrama vino de Setia: tiene sed de él el amorzuelo y el cabrito mismo tiene sed de él. Contemos el número de las libaciones por el de las letras que componen el nombre de Instancio Rufo. Si Teletusa viene y me trae los goces prometidos me reservaré para mi amada bebiendo los cuatro vasos de las letras de tu nombre, Rufo. Pero si ella está dudosa, tomaré paciencia, bebiendo siete. Y si no cumple la palabra que me diera, para ahogar mis penas en tu copa, voy a beberme tus dos nombres.” (1)

Marcial en sus amistades es constante y fiel. Con Julio Marcial, su semi-homónimo, a quien envió aquellos preceptos de la vida bienaventurada que ya conocemos y que el logroñés López de Zárate compendió en un bello soneto, vivió largos años en amistad estrecha:

—“Treinta y cuatro años, si mi memoria no miente, he vivido, Julio, en tu familiaridad. Durante este discurso de años mezclóse lo amargo con lo dulce; pero los goces fueron los más, y si tomando todas las pedrezuelas que los representan, las repartiéramos en dos montones de color opuesto, el acervo blanco superaría al negro de muy mucho. Si quieres evitar sufrimientos ciertos y preservar tu ánimo de las mordeduras que le cau-

(1) *Epigram.*, VIII, 50.

sa la separación, no estreches con nadie familiaridad demasiada: gozarás menos; pero también sufrirás menos:

Gaudebis minus et minus dolebis (1)

De esta sabia y cauta sentencia del poeta aragonés parece ser una corrección aquella divisa que algunos reyes de Aragón tenían en su escudo de armas:

Paine pour jrye.

Restituto es un abogado famoso, uno de los primeros bufetes de Roma y celebra su día natalicio por las calendas de octubre. Sus numerosos amigos y clientes le obsequian y Marcial le envía esta pieza delicada:

—“¡Ea, que la piadosa Roma piense en las calendas de octubre del facundo Restituto! Que todas las lenguas, que todas las súplicas invoquen sobre él las bendiciones del cielo. Festejamos su nacimiento; ¡pleitos, estad quedos!... Que el orgulloso mercader del pórtico de Agripa le envíe estofas contemporáneas de Cadmo. Que el cliente acusado de golpes y de nocturna embriaguez envíe a su defensor el traje del festín; que la mal llamada doncella, vencedora del calumniador, te venga a entregar, ella en persona, sardónicas verdaderas. Que el viejo coleccionista de arte antiguo te ofrende obras del cincel de Fidias. Que el cazador te traiga una liebre, y el colono un cabrito, y el pescador lo que robó a los mares. Si cada cual te envía lo suyo, Restituto, ¿qué esperas que te va a enviar tu amigo poeta?” (2)

Terencio Prisco fué amigo de Marcial desde la mutua conoscenza. Era un cazador acérrimo y un incansable barredor de los mares; pero alternaba este deporte áspero con el más apacible de las lecturas poéticas. Los juguetes de Marcial le entretenían gustosamente. La sal romana y la pimienta del poeta amigo le hacían la vida sabrosa.

Mientras sus redes vacaban y callaba la jauría de sus molo-
sos ladradores y descansaba la selva, donde no había sido hallado el jabalí, Terencio Prisco consagraba el breve asueto a los libritos marcialescos. El libro XII le está dedicado. El poeta había recibido de él copiosos favores y consigna su viva gratitud en un noble epigrama. Quien había llenado tantos con su cínica mendicidad y con sus acedas agresiones debía llenar alguno con

(1) *Epigram.*, XII, 34.

(2) *Epigram.*, X, 87.

la sinceridad del agradecimiento. El que había dicho de sí que no era Marón, porque no tenía Mecenas, al menos halló uno, intermitente, en Terencio Prisco:

—“Lo que fué para Horacio y para Vario y para el sumo Virgilio, Mecenas, caballero salido de linaje de reyes; las razas y los pueblos sabrán, Terencio Prisco, que tú lo fuiste para mí: la pregonera Fama y mis libros lo contarán a todas las edades. Tú has hecho mi ingenio; y aun todo aquello de que yo parezco capaz; tú eres quien me procuras el derecho a la sana pereza, propia del hombre libre. Bendito seas por el espíritu que pocos como tú poseen, y por las costumbres tuyas que honrarían a un Numa y a un Catón que supiera ser jovial. Ser generoso, ganarse la gratitud, acrecer rentas escasas, dar aquello que apenas los dioses otorgan a sus favoritos, ahora está permitido de hecho y de derecho. Pero tú, bajo un príncipe duro y en tiempos malos, tuviste la osadía de ser bueno.” (1)

Todavía no hemos olvidado a aquel fantástico Marco Antonio Primo, el primer gascón que haya entrado en la historia, y a quien sus paisanos en la lengua de la tierra llamaban *Becco*, y que monta tanto como decir narigudo, porque tenía unas narices desaforadas, como las cervantescas de Tomé Cecial. Sabemos que bajo la leve y cinérea fronda de sus tranquilos olivares de la Gascuña, desde que había cumplido los setenta años, saboreaba morosamente los recuerdos de su accidentada vida, viéndola así dos veces. Marcial no olvidó en su ausencia al buen amigo; antes lo tenía en su casa en efigie fiel y en ella veneraba el piadoso numen de la amistad. Así se lo explica Marcial a su otro amigo Cediciano que le pide cuya es aquella estatua:

*Hacc mihi quae colitur violis pictura rosisque
quos referat voltus, Caediciane, rogas?*

—“Ruégasme, Cediciano, ¿qué rostro reproduce esta estatua que yo honro con violetas y con rosa? Tal era Marco Antonio Primo en la mitad de sus años. En esta cara el anciano contempla su juventud. ¡Ojalá que el arte pudiese asimismo reproducir el genio y el alma! ¡No habría en toda la haz de la tierra otra pintura más hermosa!”

¡Delicado pensamiento el que encierra el dístico final:

(1) *Epigram.*, XII, 3 y 6.

*Ars utinam mores animumque effingere posset!
pulchrior in terris nulla tabella fotet* (1).

Juan de Iriarte quiso encerrarle en esta redondilla. Encerró el pensamiento, pero no la delicadeza que se le ajó entre los dedos:

Si retratar la hermosura
de su alma el arte pudiera,
en todo el orbe no hubiera
más excelente pintura.

El gran lírico mallorquín Miguel Costa y Llobera, que fué mi guía, mi señor y mi maestro, cantó en una bellísima oda este suave y cálido sentimiento de la amistad que a Marcial inspira tan nobles y delicados sentimientos:

Fraternidad de espíritu
mejor que la de sangre une las vidas;
es armonía ingénita
más fuerte en voluntad, como espontánea...

En calma serenísima
calienta a los dichosos que la buscan
como al calor benéfico
de hogar querido en que la llama ríe.

Es fuego sacro; préstale
altar solemne la virtud. Nutrido
se ve con ramas íntimas
que si más viejas son, más la renuevan.

—Amigo, ¿y cuando viéremos
mustia tanta ilusión que compartimos?
En recuerdos tornándose
el fuego harán mejor, cual ramas secas.

Como una Vestal cándida
nuestra amistad su llama en él sustente
y con mano firmísima
nuestros dos nombres grave al pie del ara (2).

Marcial cuidaba asimismo de alimentar el fuego sacro con vieja y suave leña resinosa. Deciano, su amigo, vive lejos; Marcial le visita; Deciano no está en su casa o se niega. Marcial se queja de él con esta queja tan blanda y tan ingeniosa:

No tenga salud, amigo
Deciano, si mi alegría
no fuera de noche y día
estarme siempre contigo.

(1) *Epigram.*, X, 32.

(2) Traducción de la oda horaciana *Amicitia* de su original lengua catalana, con identidad de metro por José Vargas Tamayo, S. J., ilustre poeta colombiano.

Dos mil pasos alejados
vivimos; y si resuelvo
verte, cuando a casa vuelvo
son ya los dos mil doblados.

No estás en casa o te niegas;
o dedicaste a quehaceres
de tus pleites o a placeres
con gran frecuencia te entregas.

Amigo Deciano, advierte
que dos mil pasos andar
por verte, no me han de cansar;
mas si cuatro mil sin verte (1).

Con sus amigos tiene Marcial no esperadas condescendencias. Un oficioso amigo suyo, Ceciliano, se permite ofrecerle materia y asuntos para sus epigramas que, naturalmente, no le sirven:

—“Tú me pides epigramas vivos y me das temas muertos. ¿Qué quieres que haga yo, Ceciliano? Quieres que te elabore miel del Híbla o del Himeto y tú das tomillo corso a la abeja ática.” El más puntilloso aceptaría este agudísimo reproche como un halago:

*Mella jubes Hiblaca tibi vel Hymettia nasci
et thyma Cecropiae Corsica ponis api (2).*

Procilio es envidioso y deseoso de las bellas mujeres ajenas. Marcial le hostiga con ese fino aguijón:

—“Me ama, ¡tenme envidia, Procilio!; me ama una doncella más blanca que el cisne, que la plata, que la nieve, que el lirio, que la alheña...” Al envidioso deseoso los ojos se le encandilan y medita barbaridades. Marcial se apresura a tranquilizarle y a disuadirle del cruel proyecto:

—“Pero yo amo a otra doncella más negra que la noche, que la hormiga, que la pez, que el grajo, que la cigarra. ¡Y tú que ya meditabas la horca! Si te conozco yo bien, Procilio, aún te queda vida por delante.” (3)

Tuca se tiene por infeliz y Marcial consuela a Tuca poniendo el dedo en la llaga y revelándole la causa de su mal en un lindo epigrama que Salinas acertadamente redujo a soneto compendioso:

Fajes rodean tu carroza hermosa;
al caballo africano veloz, picas;

(1) *Epigram.*, II, 5.

(2) *Epigram.*, XI, 42.

(3) *Epigram.*, I, 115.

termas de varias mesas te fabricas
que tienen siempre unguentos olorosos.

En vasos de cristal vinos preciosos
de Setia a tu opulenta mesa aplicas;
tu blanco lecho con cortinas ricas
excede a los de Venus deliciosos.

De noche a la soberbia mujeril
sordos riegan tus ojos su portal.
¿Por qué suspiras siempre? ¡Oh Tuca! ¿Quién

tu pecho abrasa en llama juvenil
¿Quieres que te lo diga? Tanto mal
procede de que tienes tanto bien (1).

Domicio se va al campo a pasar el verano; y ved con qué lindeza y con qué sentimiento le despide Marcial:

—“Te encaminas hacia el país que la Vía Emiliana atraviesa, hacia Vercelli, cara a Apolo, hacia las llanuras del Po, donde cayó derribado Faetonte. Muérame yo luego si no te veo, Domicio, partirte gustoso, por más que día ninguno sin ti pueda serme apacible; pero mi soledad no cuenta mientras tú puedas aligerar el cuello del yugo tirano de la ciudad. Marcha, te ruego, y absorbe por tus poros ávidos toda la lumbre del sol. ¡Oh qué bello serás mientras fueres veraneante! A tu retorno no te conocerán tus amigos blancos y la descolorida multitud envidiará tus mejillas de bronce. Pero ¡ay! que muy presto Roma te hurtará la color que te diera el viaje, aunque regresares más fosco que un etíope.” (2)

Y ahora, para terminar y conocerlos todos a la vez, reunamos en convite a los amigos de Marcial. Marcial es el generoso anfitrión y las viandas con que colma su mesa son los productos de su finca nomentana. Es solemne el llamamiento al convite y comienza con una gravedad religiosa. No de otra manera un hierofante egipcio anunciaría el temeroso comienzo de sus misterios:

—“Ya los sacerdotes de Isis anuncian la hora octava y con la jabalina en el puño, una cohorte regresa a sus cuarteles y la otra sale a reemplazarla. Esta hora octava templá el calor del baño, mientras que la séptima espira un aire caldeado y la sexta eleva en demasía la temperatura de los baños de Nerón. Estela, Nepos, Canio, Cerial, Flaco, ¿venís? Mi comedor comporta siete puestos: ya somos seis; y va a llegar Lupo. Mi hortelana me ha traído laxantes malvas y la variada opulencia que

(1) *Epigram.*, X, 13.

(2) *Epigram.*, X, 12.

mi huerto cría: la ancha lechuga, el puerro, la menta flatulenta y el jaramago salaz. Pedacitos de huevos coronarán anchoas colocadas en lecho de ruda y habrá tetas de cerda sazonadas con salsa de atún. Esto, para abrir el apetito. Mi modesto convite no tendrá más que un servicio: un corderillo arrebatado al diente del lobo voraz: chuletitas asadas que no han menester cuchillo que las corte, habas, manjar de artesanos, y repollo tierno. Añadirse ha un pollo y un jamón sobreviviente de tres convites. Hartos ya, os serviré frutas maduras, un frasco de vino de Nomento purificado de sus heces que cumplió sus seis años bajo el consulado de Frontino. Y a todo esto añadid gracejo inocente y donaires sin hiel, y una franqueza que no os ha de espantar a la mañana siguiente y ni una palabra que luego quisiérais no haber dicho. Que mis convidados hablen a su gusto de los *Azules y de los Verdes*. Las copas que yo escauciare no harán de ninguno de mis huéspedes un reo." (1)

No eran, por desgracia, ni excesivas ni extemporáneas las seguridades que Marcial quería dar a los amigos de su intimidad reunidos en torno de la pobrecilla mesa abastada de viandas no compradas. Imperaba Domiciano y cundía el vergonzoso y tenebroso vicio de la delación. Los delatores erigidos en institución y segundo poder del Estado, invisibles, impalpables, semejantes al viento leve y al sueño volátil, harto tenían que hacer en estas reuniones familiares. ¡Ay de aquellos a quienes los cálices fecundos hacían disertos y parleros! Séneca, que fué víctima de este poder de las tinieblas, dice que con especial complacencia *excipiebatur ebriorum sermo, simplicitas jocantium* (2). Y Tácito confirma que sobre cualquier materia y en cualquiera lugar, en el foro, en el convite, todo ciudadano era denunciado. Entraba uno convidado y salía acusado y reo (3). Las paredes tenían ojos; y la noche tenía mil orejas.

Lo más seguro era hablar de los *Azules y los Verdes*, que eran las facciones que se disputaban el favor de los públicos del Circo.

LORENZO RIBER.

(Continuará.)

(1) *Epigram.*, X, 48.

(2) Séneca, *De Beneficiis*, III, 26.

(3) *In foro, in convivio, quaque de re locuti, incusabantur, ut quis praece-
nare et rem destinare properat.* *Annal.*, VI, 7.